

# Los diarios

Escribe: ALFONSO HANSEN

— I —

De mi primo Maurice, el suicida, encontré unos diarios. No porque me pareciese interesante su vida, tan igual a la de sus prójimos, sino porque hay en ellos una cierta belleza literaria, los publico. Conservan la intimidad. Posiblemente es el estilo, la frase. Un corte rotundo y, de golpe, una ligera expansión poética, como una fuentequilla que se seca.

Junio 14 — Uno ha tenido el cuidado de amar exageradamente. Se extingue la pasión y se reduce en el ánimo la energía. La convertimos en imágenes. La especie de rechazo. El fracaso de los sentimientos desleídos. El tedio galopante. La furia. Y el espíritu lleno y caótico. Entonces... uno necesita mudarse, transportarse en la crín de la idea tropélica. Porque uno está perdido. Porque quiere navegar con mástiles rotos. Se le propone a la vida la danza dionisiaca. Extraerse uno. Someterse al éxtasis imaginativo. Contra la podredumbre corporal. Pues uno no sabe que el amor es como la liebre que huye del cazador, en la maraña del bosque, a la cual uno sepulta, cuando la caza en la bruma del cielo.

Junio 27 — No conozco el mar. Me han envilecido las riquezas de la ciudad. Inclusive, ha cambiado mi rostro de niño. Envejecido, se le nota el polvo académico y el desgüeño intelectual. El vahído resollado por las cosas. La resistencia del exterior a aceptarme con mi adarga. La sociedad impotente para los hombres de valía. Porque siento "demasiado profundamente cualquier contacto" soy un embeleco. Que camina y distrae imperceptiblemente las direcciones. El vacío aumenta su anchura. La cotidianidad. El margen. Quisiera saber algo de aquellas aguas sin perspicacia. Pero quietas. En la obscuridad, cuando el dios amigo del hombre les haya roto sus figuras.

Julio 3 — La atmósfera de la tarde. La hipocresía. La gente del mismo color murano ingrato a mis ojos. La calle ancha, poseída por la urdimbre de metal. Y, en las márgenes, riachuelos de piel y cabellos. No siento sopor sino desazón. Las páginas de la *Fenomenología del espíritu*, para sostenerme y notar que el mundo se está construyendo. Aparece en la puerta. Bajo los ojos. Las gentes engréidas me causan el cólico pectoral. Ser artificial

es existir desde el origen a base de trucos, de pequeños chantajes. Siento asco por la gomina. Por la vestimenta a propósito. Soy esteta: de la limpieza. Los destrozos del pavimento me erizan.

Julio 9 — Lo único que no debe perdonar el hombre es la villanía: el exceso de lo humano, la exageración, el deseo reiterado de mostrarse hombre entre los hombres. De lucirse punto por punto, sin necesidad. La villanía degrada a la naturaleza. Destroza el contorno, la armonía. El villano acongoja el espíritu. La sociedad es triste. Concentra el miedo. paulatinamente crece la desesperación. El villano es cobarde. No apela al coraje ni el vigor físico. La villanía se pertrecha con armas bajas. Aprovecha las situaciones de debilidad psicológica. Urde tramas, a traición. La villanía es la fuerza que se impone a los hombres, haciéndolos carceleros de sí mismos.

Julio 14 — La cosa grotesca. La ambición del hombre. El sobreponerse a la ignorancia y rumiar. (Se rechaza esa manera inverosímil de asumir la existencia). El sobrepuje y la tontería a flor de labio. Esconder en las palabras algo morboso y buscar humillar el espíritu sublime. ¡La patanada, la insolencia! En fin, el desprecio por lo que significa inteligencia y sabiduría. En las calles uno ve catecúmenos, una gentuza de aprovechadores. (Se desdeña la majadería de los insuflados, de los correveidiles de café, identificados por su piel). Negroides bien peinados, víboras, engatuzadores. La ralea maldita que se toma confianzas y que llega, por capacidad inicua para resistirla, a dirigir a un pueblo de mediocres. Una cierta magia y una prosodia y consiguen entrar en todas partes. (Horripila esa tentaculería; la profundidad en la venia y la fantochería de aquellos).

Julio 20 — El problema debería tener un punto de partida diferente. La formación de una sociedad se explica históricamente. Lo importante no radica en determinar los factores que impiden su formación adecuada y normal y su acercamiento necesario al eco-sistema como ideal social. Es indispensable partir de la base de la deformación existente y ver que lo histórico describe un comportamiento desigual. Se busca expresar dialécticamente los desarrollos de la historia y el sistema de contradicción en las sociedades que incrimina la historia. Historiar es algo más que el mero intento de abarcar racionalmente unos presupuestos irracionales y de someterlos a leyes. La dialéctica va diseccionando los datos y ordenándolos. Así, pues, la sociedad aparecerá como una concreción legal histórica. Pero las leyes estarán sobrentendidas e implícitas en el hecho social. El hecho, propiamente dicho, es lo que determina el origen de la historia. Y la historia, el resultado de la dialéctica. La sociedad no es más que cierta descripción acometida por esa dialéctica.

Agosto 1º — Marcel Proust fue también un testigo de cargo de la miseria humana. Por más éxtasis, por más refinamiento, por más gusto que deparen los estados de colmo de la existencia, dejan ellos un sabor amargo, apenas cubren con fino velo la carroña. El hombre es el animal que apesta. Porque él lo estudia en su individualidad inminente y se entrega él mismo en sus palabras, sin temor de ser sorprendido, apenas descrito dentro de una sutileza que lo afirma mejor, es por lo cual que el hombre de Proust está enfermo. No es el asma. Ni la debilidad, ni la anormalidad sexual, ni la incapacidad de sufrir. Es la existencia en su más depurado contorno. Entre

algodones y tapices. En el fuego de la más insólita seguridad. La vida incapaz de la muerte. El deajo de la insuficiencia. El hombre sin fuerzas para abordar la plenitud. El hombre enfermo, sí. El enamorado perplejo. La birria escolar. El enigmático y el snobista. Este andarín que cositea las confituras; los almendros, las gardenias. El que llora de alegría ante los campanarios. El niño viejo de Proust. La amalgama de carencias. Una estupidez perfecta hecha de la carne de los signos.

Agosto 6 — No es el hombre burgués. Como si del hombre se pudiese construir una consola, o un marco dorado. Es el hombre en su **mismidad**. Ensalzado y mal creado. Creado contra la naturaleza. La enfermedad en todo su furor: el **pian** de la vida. La vida espantosa que lo sobrecoge y lo abarrunta. El visitante del museo que se observa a través del pastiche de Vermeer. En la mezcolansa de la alcoba. El muerto que recorre las calles en el cochecillo y ve evadirse la ciudad con los vapores del lago. Abrazado “siempre, en ese género de resurrecciones”. El hombre **proustiano**. El que incita a los corazones tristes a una tristeza aún mayor. Un calenturiento de la cotidianidad. Lo conserva pútrida en los alcoholes. Proust vivo, infinitamente, otorgándole a la muerte un sentido más llano, menos recóndito. No el burgués. Sino el personaje intermitente, aquel que no toma vida sino cuando se manifiesta “alguna esencia general”, común a todas las cosas. El Proust del atardecer y de la agonía, de la existencia sin esguinces, así, como ella se presenta. Alguien que ha tenido el valor de recobrar el funerario perdido.

Agosto 11 — Las cinco de la tarde. Una cafetería al norte de la ciudad. En el rincón de la sala. El café fuerte, para apaciguar el estómago. Un pasar inadvertido de las páginas del Rilke de Bollnow. El mundo como zozobra, **La distracción, La noche grande, La confusión interior**. Al fondo, alguien tose y una registradora campaneaa. El clima me mantiene indiferente. La pesadez soporta su forma. Pienso que en alguna parte he leído acerca del nido de las gaviotas. Lo asocio con Lågaervist, en el pasaje en el cual el gladiador le habla al anciano Barrabás. “Estás listo para ser entregado a las aves de rapiña”. La urgencia del aire. La estrechez espacial. El aposento en demasía. Brego por concentrarme en la lectura. Y aquel posa su mano en mi espalda. No es a quien espero. El de la cita media hora después. Se introduce con el “tonito” de siempre. Adolescente hasta la médula. Cansón. La misma manera de entrar en diálogo. El mismo tema. El método para descender en sí mismo y brotar de su narcisismo. Uno, el espejo. A quien se entrega. En donde trasluce los gestos. La táctica para sobrevivir. El desdoblarse. No acontecer sino encubrirse. Finalizar con un acto de porfía. El sueño irredento. La molicie del callejero desenvuelta. Con las arenizas de la conciencia. “Se trata de ser nobles, aristócratas. Al aristócrata no lo da ni la cultura, ni la fuerza, ni el poder, ni las armas. El aristócrata está concebido desde la cuna”... La cabeza se me azucara al oírlo. El almíbar, la distorsión en el dulce, la repugnancia. Cabeceo, en silencio: ¡la cuna... sobre todo la cuna!... Aparece el de la cita. Marchamos. Por entre la multitud. Me sigue funcionando aquello de la “cuna”. Tristeza y pesar. De él. Debiose partir adolorido. Destrozado anímicamente, por mi mueca resplandeciente ante sus palabras. Infantil. “La palabra es solo un jalón”. Después el arrasamiento, el remolino, el abarcamiento infa-

me del alma. El adolescente regresa, de seguro, a su origen. Al alto incal-  
mable del deseo de sus padres. A los secretos pecaminosos. A la abulia de  
la carne. Pensaría en los cines. En la noche. Unas manos desvaneciéndose  
por entre los muslos. La entrega fácil. El pudor disfrazado. La aventura y  
el tierno fragor. Toda la extraña feracidad debilitándolo. Estremeciéndole  
el cuerpo. Camino con cierta premura. Acosado de arrepentimiento. Abro  
una vez más el libro de Bollnow y encuentro, en letra pequeña, un verso  
de la Tercera Elegía. Ya no puedo disgregarme:

*¿Pero en el interior, quién le defendía?,*

*¿quién podría detener en su interior el oleaje creciente de su origen?*

Agosto 13 — Ahora rondo a mis amigos, a mis flácidos e hipócritas  
amigos. Escapa a su imagen, a su espectro. La coraza ambigua. El calle-  
jero que pierde los caminos. Pues los ha recorrido todos. Y los ha repetido.  
Está cansado de la liviandad. Su fantochería se destrona. La astucia lo  
castra. Busca penetrar en mi soledad. Aturdir en la exuberancia de este  
vacío. La meta se ha desvanecido. Las ilusiones. Una desventura. Quiere  
montar en el potro. Y que yo le sirva de gualdrapa. El afán de la medio-  
cridad. La aceptación de los defectos. Tendrá amigos. Gente que tributa  
en cualquiera de los predios del narcisismo. La medianía. Sin armas. Con  
la sola mirada del lobato que guarda las orejas. Calenturiento. Con su  
andar de morsa.

Agosto 27 — La vida de Jean Santeuil es discreta y sencilla. Apa-  
cible, como la cercanía de aquel océano, entre los manzanos de Concarneau.  
Transcurre invisiblemente. En el fondo de las pasiones se mantiene la  
ternura. Lo afable del hombre que se compadece en la habitud. Se ahonda.  
En la intimidad de las cosas. En el secreto. En la particularidad más abs-  
cóndita. De quien carece de la energía para soportar el mundo de la ex-  
presión inmediata. La melancolía de Santeuil es puesta del alma a presión.  
Para no romper la membrana ni poseerse febrilmente entre las ranuras.  
Es el éxtasis menor, el "adagio", la fuga misteriosa. En donde otros pien-  
san que se apaga, allí se escucha la voz de la tierra. El padecimiento,  
aparte de la borrasca y de la voluptuosidad de la naturaleza. A Jean  
Santeuil "podía gastársele el cuerpo como a una antigua bata de entrecasa,  
pero eso no formaba parte de él. Y si su alma no podía alejar al cuerpo,  
por lo menos como a un agua subterránea pero próxima, en toda la  
frescura activa de la persona traicionaba su presencia, hasta en el estanque  
espejante, fluído, sin cesar acrecentando de los ojos sonrientes en que  
desbordaba". Allí, la vida de Santeuil se niega para la estridencia. La  
caparazón de hierro. De fiero y ondeante combate. Es la senilidad prema-  
tura. Nutriendo al recuerdo. Y aliviando la piel, del flagelo.

Septiembre 1º — Al doblar la esquina. Bajo la penumbra. En la  
noche que siempre me acongoja, me oprime. Pensé que liberaba a la carne,  
del sueño. La conciencia se esparcía en la fragancia, conjuntamente a la  
densa nube de los ardores. La avenida, el camino sin fin. Y el verde diestro,  
amanerado. La bondad en los pasos. Y la leve borrasca. Un viento menos  
ciego que el matinal, más libre, a la dicha de un firmamento cuajado. Las  
callejuelas. El caminante que transige con la liebre, mañosamente.

Septiembre 2 — De regreso he visto el sol. Un infarto le ha roto a la noche su corazón de madre protectora. La injusticia, otra vez. La maledvolencia divina y profana. El hurto en las entrañas, el hambre impía y la cosecha arrasada. La veo en lágrimas. En la impudicia de las sábanas. Intentando consolarse. La luz como testigo de la orfandad y una cabeza que se encanece y que ha perdido la esperanza. Fuego parco, fe ruin. Lo afectivo, el antídoto de la razón. Un sentimentalismo raso y latente, que no admite la quiebra. La inmoralidad de la naturaleza nos echa a los libros. Y encontramos en ellos el amparo. Así, así, en el barullo incesante la agonía destruye el lazo. Va quemando el pergamino de la piel. Antes pétalo de rosa, pitón de fruta. Hacia atrás, la bondad, el capricho para que el hijo sea fuerte. Un manantial en donde se juegan las flaquezas y el espíritu se purifica. El "dorado" que acerca los alimentos. El jugo que recubre de esencia a la pubertad. La niña en el filo del abismo macabro. Cruzando con su brazo la cancha. El terciopelo de nuestro pantalón bombacho y la pequeña gorguera. Perdón al pecado venial. Una caricia que nos ata y el vuelo al columpio en el solar de casa. Las ventanas abarrotadas. Las imágenes turbias, desvanecidas por el tiempo. El liceo, en un domingo de acuarela y comunión. Se abre todo ello en el horizonte, sin ordenarse, dejado así, como cosas inútiles. Haciendo perdurable e incierto el presente. El rumbo de la quietud nocturna, trasegado.

Septiembre 16 — La contingencia. Las cosas aducidas como bienes del hombre. El animal que se arrastra asustado y aletea para apartarse de la quema. Un retorno al ámbar interno. La conciencia. Ella misma es la contingencia.

Septiembre 21 — Aún no he logrado saber cuál es el objeto de la historia. Procesamos un conjunto de datos. Determinamos al hombre. Nos permitimos un englobamiento racional y dialéctico. Un intento de rehacer lo humano, de comportarlo. Adquirir una figura a través de su trabajo. Entrever en el tiempo el carisma. **La crítica de la razón dialéctica** de Sartre es una filosofía de la historia. La lucha de la filosofía contra lo inerte. Una apremiación del método en el suceso del hombre. Y no más. La conceptualización. Y no la reiteración sobre el ser, el desocultamiento metafísico. El ser ya desenvuelto de la acción del tiempo. Puesto, como mero pasado. Así la historia se insume como reglas lógicas. Y la metafísica se realiza en el hombre, en la forma exigida por Marx. Es el uso más reciente de la dialéctica, sin la precisión exacta del objeto. Juegos artificiosos. Otra rutina. La pérdida de la impresión y la frustración de la novela. Rechazar la inventiva que asimila al hombre como a un enigma, en esa lucha entre lo real y lo irreal. Superación del azar. Una concepción antropológica de la historia. La definición del hombre. La síntesis. Y la historia como la gran fuerza de propulsión que alimenta al hombre endémico. La historia capaz resuelta. De la praxis individual a lo práctico inerte. De los grupos a la historia, La calistenia de las premisas. La reducción. Se diría una vez más que el objeto histórico es el hombre. Su abstracción, su realización. Los muertos. La gesta. El cielo sombrío de lo inexistente, afectado por una lucecilla. El posible faro en un mar estremecedoramente negro.

Septiembre 29 — Un barullo en el cielo. La estampa vuelta cuneiformemente. El rostro amilanado y la rueda veloz. Un grito de bondad, como

de alguien que intenta dejar un eco tras de sí, en el bosque. El grito en lo más profundo, sin oír. La mueca felina en la fogata. El infernáculo. Una esfera de neón. La guillotina, el recuerdo de la expansión amarilla. El salón cobrizo, con la anciana en la bruma y el impúber azul.

Octubre 2 — De golpe. Se le ocurre a uno que lo que nos rodea es infame. Burla. Manantial de engreídos. La sociedad nacida para la corrupción. El delito, la cosa sibilina. Se siente inerme uno, empequeñecido por el atrás morboso. De golpe. Se siente uno incómodo de la baba de los semejantes. La reflexión, el contacto, la limitación con el ser. Los vacíos intermitentes del otoño. Uno se ha ido de tumbo en tumbo. En el sueño asesino de la alegría. Y uno ha recorrido las vitrinas. El lujo porcino. Las tortillas de los restaurantes. Los periódicos y las baratijas. El desclasamiento de los intelectuales y los carromatos guiados por los mulatillos de buzo. La servidumbre de leche y pan. El oportunismo femenino. Y la rebelión, como signo de la decadencia. Uno no se ha dado cuenta de Sacha Yegulev. Ni del ex-jesuíta de la selva negra. Uno, poseído por la "gatodumbre". Los cristianos. Los canódromos humanos. Las casamenteras, los académicos, la burocracia de baranda y los ejecutivos. Va uno ahogado en el río de la dicha. Y, adelante, la lancha de los congregados al son de los cantos de su oronda fiesta rameriza. En cada vuelta el "oro" de los derechos. La contraseña para permanecer con la multitud. De golpe. Un llamado para perderse en la lejanía del saber. Del saber de sí mismo.

Octubre 7 — En la mañana, cuando el sol invade el aposento. En la hora verdaderamente trémula para mí. En el vilo. Cuando las intermitencias han cesado. Y cuando el cuadro de los faunos, de frente irradia escandalosamente. En ese instante acude el recuerdo del joven norteamericano. En el filo de la terraza de la catedral. Disparando contra las personas. En la fatiga de la soledad. En eso pienso, en el tedio de lo real. Porque uno quisiera saturar también, con la fuerza, el panorama que la retina no resiste. Hacer que el ave se extravíe, por fin, en la inmensidad del océano muerto. No padecer, no instruírse. Sino simplemente amilantar con el gatillo la realidad fructuosa de los otros. La ira santa. La mirada ensimismada del joven de la pipa de Picasso, en abierta cosecha de muerte. Y sobre el fondo de las flores bermejas que lo coronan a uno. No pisar más el tinglado ni apaciguarse con la efervescencia de la aurora. Que en el alma de uno, como en la del joven, se refracte la maldad de la tierra. La falacia. Y la cuchilla haciendo surcos en la cara. Uno con los deseos del lobo estepario.

Octubre 10 — La historia... ¡Bah!... La historia. La molecurización. La epopeya y los gestos macabros. Diderot y los olmos. Y las caballerizas de París. Cañones, sables, risas. Los cuentos de la revuelta. El encenagamiento de la carne. Los castigos, las coronas. Los conquistadores de la selva. Los borbones y los tártaros. "Cabalgar, cabalgar, cabalgar a través del día, a través de la noche, a través del día. Cabalgar, cabalgar, cabalgar. Y el ánimo se ha vuelto tan débil y la nostalgia tan grande". La historia. Sí la rutina...